



Los abrazos incompletos

Por Israel Nicasio Álvarez

Todos los hombres de mi familia paterna han sido unos solitarios. Muchos de ellos han muerto en medio de la soledad que han encontrado sin saber que la buscaban. Se han alejado. Peor aún: han alejado a todos. Como si muy en el fondo del estómago odiaran todo lo que les rodea por estar relacionado con ellos. El enojo y el rencor, aunque ya no estén presentes para algunos, siguen siendo parte de su distanciamiento, de su gesto; pertenecen a sus recuerdos. Matizan con una fuerza específica su voz, su mirada, sus manos. Los hombres de mi familia han cultivado la soledad como si de un ejercicio de precisión se tratara. Sin saberlo, rechazan los abrazos; esa es su herencia.

Llevo dos marcas distintivas: la decisión de mi padre y la inestabilidad de mi abuelo. Poco a poco se perdió el recuerdo de la tumba del segundo. En ocasiones aparece en la memoria de mis tíos. Casi nadie habla de él, como un pacto de silencio. Las imágenes guardadas por esos hombres, diluidas entre los años, se reducen a anécdotas con la abuela. Los hijos han ido desdibujando sus rostros en un esfuerzo por sobrellevar su ausencia.

No sé qué impulsa a mi padre a vivir, él es pura fuerza. Es empuje y agallas envueltas en un gesto duro. Parece indestructible. Sólo una vez lo vi llorar. En esa ocasión se rompió, la mirada se le llenó de dolor, la boca se atoró intentando contener el caudal del llanto que no pudo esconder. Quise abrazarlo, pero sólo recibí una orden por respuesta: Déjame solo. En ese momento hizo patente su condena. Escuchar su voz fue como ir en un barco en medio de la niebla y chocar de frente contra los peñascos.

Su voz fue destrucción incontenible; cortó de tajo las ganas de mostrar cariño. Los hombres no lloran, al menos no en público, pensé. Era muy pequeño para dudar de eso. Recordé todas las veces que él me abrazó para calmar mi llanto, seguramente esas veces se agotaron cuando se trató de recibir consuelo ante el dolor. Los hombres no se abrazan; por el contrario, se alejan cuando más débiles se sienten. Su hermano mayor había muerto y él necesitaba arrancarse ese dolor, con el abrazo roto lo dejé solo.

Quisiera ser como él, pero sin ser él. Somos parecidos en una cosa: mi mirada es pesada, profunda, llega hasta adentro como la suya. Soy la decisión del andar solitario, los abrazos inconclusos por las distancias que se incrustan a voluntad. Soy la fuerza del mar al que acudo cuando me siento solo. Soy el sonido de las olas contra los peñascos.

Mi padre me ha contado infinidad de veces la historia de su pueblo. Ha intentado explorar buscando algún dato más relevante cada vez. No lo logra. Busca algo distinto a lo que ya ha relatado, pero siempre menciona la misma frase, los mismos hechos, los mismos lugares. Cuenta la historia que a su madre le fue contada por su madre y sus ancestros hasta donde la memoria les alcanzaba. Todos aquellos con los que creció cuentan que a sus abuelos, o a los abuelos de sus abuelos, los trajo el mar; los dejó atrapados de este lado del mundo.

La Costa Chica de Guerrero se pobló de esclavos. Se nutrió de dolor y ansias de libertad. El último barco encalló en Punta Maldonado y todos ellos escaparon; así, inermes, se fundieron con las montañas, el verdor de los campos y la



Fotos: Gustavo Contreras

oscuridad de la noche. La arena del mar fue pisada por los pies que llegaron en contra de su voluntad. El lugar se pobló de risas amplias y nostalgia por el mundo del que fueron arrebatados. Su historia es una serie de abrazos arrancados, negados, no conseguidos; su legado se fue mezclando con las nuevas tierras y toda la vida se fue en relatos que ya no se han de contar a fidelidad. Dolores escondidos, violencia heredada. La Costa Chica de Guerrero es un abrazo incompleto.

Mi familia paterna viene del mar. Mi padre es heredero de las mareas y del calor aplastante. Es pura energía. Su piel fue curtida por la luz solar y los granos de arena que perfilan la playa. Su cabello fue producto del correr del viento, lo rizó, lo alborotó. Algunos dicen que su piel es la noche. Creció en un pueblo pequeño llamado Juchitán, del que no se dice mucho.

Mi padre se llama José y sabe de carpintería, como el personaje bíblico. Cada que habla de sí lo hace por partes; evita recordar. Hace cortes precisos de la memoria; selecciona lo que se debe saber, porque forma parte de alguna lección de vida y esconde perfectamente lo que no quiere compartir. Siente un dolor profundo por la zozobra de haber perdido mucho entre el trabajo de luchar para sobrevivir, la soledad del campo y el recuerdo de su partida. Se ve como un foráneo llegando a Ciudad de México. Las únicas memorias de su infancia están relacionadas con el

control de su temperamento, la pobreza y el aprendizaje a partir de la violencia.

José dejó de abrazarme mucho antes de que pudiera alcanzar su talla, esa renuncia fue como si hubiera empezado a tener temor de mí. Recuerdo todo distinto antes de que él decidiera alejarse; cuando apenas le llegaba a la cintura me tomaba en brazos para protegerme. Me cargaba sobre sus hombros y cantaba conmigo, disfrutaba jugar y reír; me abrazaba con tanta fuerza que ese sentimiento se quedó sembrado muy dentro de mí, pero paulatinamente puso distancia de por medio y expresó uno de los códigos masculinos en donde el afecto se termina con la edad, como si los corazones de los hombres se agotaran o se avergonzaran de demostrar cariño. Dejó de abrazarme y con ello se fue toda posibilidad de pedir un poco de calidez por parte suya. Se volvió tan duro como los peñascos. Buscó su soledad desde ese momento, se alejó de mí sin avisar. Me mostró el camino de los solitarios, aquellos que parecen no tener emociones. Fui su hijo incompleto, jamás logré aceptar la herencia del abandono. Fui el hijo más frágil.

Solo aprendí a vivir la soledad que me fue regalada. Mi hermano, el hombre más pequeño de la familia demostró ser más fuerte que yo. Parecía ser el hermano mayor, el más valeroso; todos esperaban de él lo que dejaron de buscar en mí. Él entendía a la perfección los gestos masculinos: la fuerza y la violencia. Supo cuándo dejar de abrazar.



Aprendió a usar los puños para pelear, heredó la destreza de mi padre, quien fuera boxeador en su juventud. Fue la creación esperada. Mi padre y él se entendían; se entendieron incluso antes de conocerse, tanto así que uno lleva el nombre del otro. Mi padre José; mi hermano José Francisco. Se llama Francisco por mi abuelo materno, otro hombre del que tengo pocos recuerdos: cabello blanco, mirada triste, un bastón negro y un pie falso que se podía quitar y poner a necesidad. Mi hermano heredó la fuerza de ambos nombres.

Los hombres de la Costa Chica no se abrazan, al menos no con cariño; cuando lo hacen, la amistad es la que les permite acercarse. El encuentro es simple y fugaz. Mínimo. Apenas para sonreírse y saberse cerca, como si el hecho de ser hombres les repeliera, les avergonzara cuando están uno junto al otro. En cuanto sus brazos entran en contacto con el cuerpo del otro hay más velocidad por alejarse que por saberse ahí, en compañía de quien busca celebrar su existencia, aunque sea de forma discreta.

Esos hombres dejan de abrazarse a temprana edad, como temiendo que en ese encuentro se les vaya el amor del uno por el otro. Dejan de abrazarse, porque también se saben en peligro constante. Sólo se muestran cercanos al sentarse a beber alcohol. Relajan toda la espalda sobre las sillas, despliegan la enorme panza lograda año tras año (si no la tienen, se mueven como si ella estuviera creciendo a mucha velocidad) y abren las piernas en un gesto de poder. Reposan uno de los codos sobre los apoyos de la silla y cargan todo su peso corporal en ese lado. Buscan la comodidad de su existencia así, en el descuido de la postura. Se miran con desconfianza.

Los hombres del pueblo de mi padre se temen, se tratan con profunda sospecha. Saben perfectamente que, aunque no lo digan, podrían morir a manos de cualquiera y sin razón alguna. Han crecido a base de relatos de traiciones familiares. Muestran la desconfianza en el gesto, también en las palabras: las guardan casi todas. Han heredado la violencia de todos los que les enseñaron a vivir.



Israel Nicasio Álvarez es profesor de asignatura de la Licenciatura en Enseñanza de Lenguas en la Universidad Autónoma de Tlaxcala, Unidad Académica Multidisciplinaria Campus Calpulalpan, y en la Secundaria 291 "Ing. Javier Barros Sierra", en CDMX. Autor de los cuentos *Jugar a las canicas* y *Cajones vacíos*, publicados por la UAEM.

